

## CAPITULO VII.

Amarga soledad de Maria Santisima.

En el momento en que Jesús hubo pronunciado sus últimas palabras: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu;» inclinó la cabeza y espiró. La naturaleza hizo su duelo y dió á conocer suficientemente que la obra de la infame sinagoga habia sido un horrendo sacrilegio. En el instante de exhalar su postrimer aliento el Libertador de las naciones, el sol se oscureció ocultando la luz de sus dorados rayos: un espantoso terremoto hizo que las piedras chocaran unas con otras: el velo del templo se rasgó y algunos muertos salieron de sus sepuleros. ¡Momento solemne! Las profecías habian tenido entero cumplimiento. Jesús que habia sufrido por los hombres tristezas, agonías, bofetadas, azotes, espinas y Cruz, ha consumado la obra para que habia sido enviado por su Eterno Padre: habia salido fiador del hombre y habia pagado cuanto el hombre debia. ¡Un silencio sepulcral reina en la cumbre del Gólgota!.. Las señales de la naturaleza han movido á uno de los testigos de tan trájica escena á esclamar: «Verdaderamente que este era Hijo de Dios.» Entre tanto el populacho satisfecho se vuelve á Jerusalem, no sin proferir blasfemias. Aun debemos por mas tiempo fijar nuestra consideracion en el santo monte por el cual ha corrido á torrentes la divina sangre de la inocentísima víctima. ¡Qué grupo tan interesante el que se presenta á nuestra vista! Jesús cadáver con la cabeza





Mugica, lit.

Lit. de S<sup>te</sup> Gonzalez Madrid.

Maria al pie de la Cruz.

sobre el pecho y colgado del madero, presenta un espectáculo imponente. Al pié de la Cruz se deja ver una mujer inmóvil, casi exámine y sin vida: embargada su garganta por la fuerza del dolor ni puede quejarse en su aflicción: su mirada estaba fija en el sagrado cádaver. ¿Y quién es esta mujer que así permanece en aquel lugar de sangre y que se halla fuertemente asida á la Cruz? Es la Virgen María: la Madre de la sagrada víctima. Se halla como absorta por que acaba de perder á su Hijo, que á la vez era su Padre, su Esposo, la luz de sus ojos, la vida de su alma. ¡Mujer singular! ¡Heroína admirable y mas esforzada que cuantas conocieran los siglos!

Jesús habia muerto, y por lo tanto, habia concluido de padecer: no mas será entregado en manos de sus enemigos: no mas se verá cubierto con la vestidura de los dementes: su divino rostro no volverá á recibir golpes de sacrílegas manos: no mas será llevado de tribunal en tribunal, ni pasará la vergüenza y el tormento de la flagelación. Concluyeron de una vez sus ignominias: su sagrado cadáver será colocado en un sepulcro, del cual saldrá triunfante de la muerte para subir al cielo y sentarse á la diestra de su Eterno Padre. Empero María no muere: la Providencia sábia en sus juicios, dispone que sobreviva á su Hijo para mayor prolongacion de su martirio. María no ha acabado todavía de padecer. Uno de los soldados que guardaban el santo cadáver, guiado por su feroz instinto, lanza en ristre acomete al Señor y le abre su costado divino del que sale el último resto de su sangre. Verdad es que esta injuria no fué sentida por el Salvador por estar ya difunto, pero atravesó de parte á parte el corazón de su Madre.

En el colmo de la aflicción hace María los mayores esfuerzos por abrazarse al cadáver de su Hijo, pero no puede



conseguirlo. San Efrén, que la contempla en este estado pone en sus lábios estas palabras: « ¡ Oh cruz santísima y venerable! inclínate á mis manos, para que yo pueda recoger tu dulce fruto, que fué antes fruto de mis entrañas: inclínate á mis ruegos y suspiros, para que yo practique con mi Hijo los piadosos oficios que debo como Madre! » Nadie se presenta á dar consuelo á la afligidísima Señora: la tempestad es espantosa; ni el mas veloz relámpago viene á alumbrar siquiera momentáneamente aquel cuadro de tristeza. María eleva sus clamores al cielo, pero el mismo cielo parece que se hace sordo. Hé aquí el principio de la soledad amarguísima de María: la luz de sus ojos le ha faltado, el norte que la guiara en el proceloso mar del mundo ha dejado de existir.

Dos varones de los que no habian tenido parte en la muerte de Jesus y que antes por el contrario detestaban en sus corazones el sacrílego atentado de la Sinagoga, se presentaron á Pilatos para pedirle el cuerpo de Jesus, lo que les fué concedido. Con la mayor piedad, pues, se dirigieron al Calvario, con el objeto de bajarle de la Cruz, para darle honrosa sepultura en un sepulcro nuevo de piedra que era de José. María los vió llegar y esperó en silencio saber el objeto que traian. Ellos se lo manifestaron, y la Señora que no deseaba otra cosa que estrechar entre sus brazos el cadáver de su Hijo, otorgó el consentimiento, agradeciéndoles al mismo tiempo la piedad con que venian á desempeñar aquella obra.

Lo primero que hicieron los piadosos varones fué despojarse de sus mantos para poder con mas facilidad llevar á cabo su intento, y colocaron á los dos lados de la Cruz las escaleras que á prevencion habian llevado. La Virgen-Madre no se habia movido del pié de la Cruz: por esto, los

piadosos varones, dice la V. Agreda, le suplicaron á S. Juan la hiciere retirar un poco, conociendo que se habia de renovar su dolor; pero el santo Apóstol que conocia el invencible corazón de su Señora y Madre, contestó que desde el principio de la Pasión habia asistido á todos los trabajos del Señor, y que no le dejaria hasta el fin porque le veneraba como á Dios y le amaba como á Hijo de sus entrañas, y como á la misma Señora le hiciesen igual súplica, los respondió: « Que pues se habia hallado á ver clavar en la Cruz á su dulcísimo Hijo tuviesen á bien que se hallase á verle desclavar, pues que este acto tan piadoso, por mas que lastimase de nuevo su corazón, daria mayor alimento al dolor.

José y Nicodemus dieron principio á su obra, por quitar de la cabeza del Redentor la corona de espinas fabricada por el odio y la venganza, colocándola en manos de la Santísima Virgen que á su vez se hallaba coronada con diadema de tribulación. La desconsoladísima Madre regó con sus lágrimas aquellas espinas que habian tan cruelmente martirizado la cabeza del Salomón divino. ¡ Ah! ¡ Cuáles serian en aquellos momentos las reflexiones que haria á través de la angustia de que estaria poseida! ¡ Cuáles serian los afectos de su corazón maternal al contemplar la diadema de tribulación en que la perfidia de los judíos habia trocado la hermosa diadema de inmortalidad que Jesus recibiera de su Padre, antes que existiesen los siglos!... Entre tanto que María contemplaba aquel instrumento de martirio, los piadosos varones continuaban su obra: uno tras otro sacaron los clavos que igualmente recibió la Señora con la mayor veneración. Pocos momentos despues el sagrado cadáver de Jesus era depositado en el regazo de su Madre. Nunca como ahora hemos conocido nuestra pequeñez y lo menguado de nuestra inteligencia. ¿ Dónde encontraremos colores vi-



vos para pintar el cuadro que nos representa á esta amantísima Madre en el acto de recibir en sus brazos el yerto cadáver de Jesus? Los sentimientos de Abraham, las lágrimas de Agár, las angustias de la madre de Moisés, los desconsuelos de Anna, los gemidos de Respha, son muy débiles imágenes de los tormentos del corazón de la Madre de Jesus, que despues de haber visto morir á este inocentísimo Abel á manos de la envidia, le recibe cadáver en sus manos. Aún duraba el duelo de la naturaleza: opacos celajes, negros nubarrones ocultaban la faz del firmamento: ni se oía el canto de las aves que impelidas por la oscuridad aligeraban el vuelo por buscar sus nidos. El aspecto del Gólgatha era el mas imponente: el hombre de mas valor acostumbrado á las fatigas y desastres del campo de batalla, hubiese temblado de miedo como un niño al verse en aquellos momentos en la cresta de la montaña santa. La fe era únicamente la que podía sostener las fuerzas, y la fe animaba aquel pequeño grupo que se hallaba al lado de la Cruz. Los piadosos varones que habian descendido del sagrado leño, el cuerpo de Jesus, San Juan y las piadosas mujeres, contemplaban como estáticos y pasmados aquel terrible cuadro de dolor, y María, la heroína mas admirable que conocieran los siglos cerró con sus manos los entreabiertos ojos de su Hijo, y lavó sus heridas colocando sobre ellas bálsamo aromático. Un sudor frio mezclado con lágrimas amargas cubría la hermosura de su rostro. ¡Oh Eterno Padre, exclamaria, por que no he muerto yo en lugar de mi Hijo! ¡En qué estado le veo!..

El tiempo avanzaba, y la noche parecia adelantar su curso, á causa de la oscuridad producida por el eclipse de los astros. José y Nicodemus llamaron la atención de la Santísima Virgen, harto embebida en la contemplacion del

yerto cadáver de su Jesus: pidiéronle permiso para verificar el entierro, y la Señora que no hubiese querido separarse jamás de aquel tesoro tan amado de su corazón, lo otorgó, disponiéndose á acompañarle. José tenia un sepulcro nuevo de piedra y le habia destinado para el Señor. El sagrado cadáver envuelto en una sábana limpia fué conducido por San Juan, José de Arimathea, Nicodemus y el Centurion. María formaba parte de la fúnebre comitiva compuesta de las piadosas mujeres. Ni una voz interrumpia el sepulcral silencio en que caminaba aquella procesion, la mas lúgubre que vieron los siglos, y solo se dejaban oír los sollozos y gemidos. Todos bañaban la tierra con sus lágrimas, dice el Justiniano. Multitud de ángeles al efecto convocados por la Santísima Virgen, habian descendido de las alturas, en cuerpos visibles, aunque no para los demas circunstantes, sino para su Reina y Señora, y formaban un cortejo fúnebre que era debido al dueño de la naturaleza. Por fin, llegaron al huerto donde estaba situado el sepulcro de José en el cual nadie habia sido todavia enterrado. Un temblor convulsivo se habia apoderado de todos los miembros de María: vió llegado el instante de separarse de su Hijo, y el solo pensamiento de la amarga y triste soledad en que habia de quedar la hacia estremecer de los piés á la cabeza. La sensacion que experimenta el navegante cuando á través de una noche cubierta de tinieblas, ve agitado el bajel por el impulso de encrespadas olas que le amenazan con una muerte próxima y desastrosa, cuando el trueno le intimida y los repetidos relámpagos le deslumbran, y que observa que la frágil casa de madera que le conduce se va hundiendo en el agua, no puede servir de punto de comparacion para comprender la sensacion del alma de María, cuando los piadosos varones colocaron en el sepulcro el cuerpo de su Hijo.